

élites culturales y educación de masas en México

ANTONIO DELHUMEAU

Muchos funcionarios públicos están íntimamente convencidos de que sólo en tanto se cuente con un esfuerzo empresarial dirigido a una inversión rentable en términos sociales y con una respuesta de las universidades para preparar los técnicos que el desarrollo del país requiere, será posible, en forma espontánea y paulatina, ajustar y transformar de fondo las reglas del juego político nacional. De manera similar ha cundido dentro de los ambientes empresariales la noción de que es necesaria una redistribución del poder y una superación decisiva en la infraestructura técnico-educativa para apoyar cualquier solución de fondo a los problemas industriales y agropecuarios del país. Las élites políticas mexicanas basan su convicción en que a través de la incorporación de expertos y profesionistas-técnicos a los niveles de decisión del Estado y de la descentralización de la producción y junto con ella del consumo, habrá una creciente concientización nacional que permita también una mayor participación política organizada, responsable. Las élites económicas opinan que para poder asumir las responsabilidades que se les atribuyen es un requisito previo el que se tomen medidas políticas que saneen la administración pública, aseguren una confianza en el destino de los recursos fiscales, amplíen los incentivos para la descentralización industrial con base en planes regionales y finalmente el que estos mismos planes a nivel nacional sean el producto de la co-participación gobierno-empresa. Los grupos empresariales insisten en el carácter esotérico y demagógico de una educación cada vez más retórica que no pone a su disposición los técnicos de alto nivel que dicen necesitar para responder al llamado estatal de

incrementar su control de calidad a bajos costos, de tal manera de lograr precios competitivos para sus productos en el mercado internacional.

En una palabra, para poder replantear las reglas verticales, de arriba hacia abajo, de control y decisión políticas, los funcionarios esperan un reencauzamiento de los objetivos empresariales y de las metas y recursos de las instituciones educativas del país. Y por su parte los grupos empresariales dominantes solicitan primero una redefinición precisa y explícita de la política económica y administrativa gubernamental y exigen una revisión pronta y a fondo de la administración de los recursos educativos y de las metas y controles de calidad del aprendizaje tecnológico-universitario.

Por supuesto que resulta lógico este proceso por el cual las élites políticas intentan presionar a los grupos empresariales para que cedan primero en sus privilegios, mientras intentan mantener los suyos propios lo más intocados que les es posible dentro de un periodo de crisis de la confianza y la credibilidad nacional. La contraparte también se aclara por el intento de las clases económicas dominantes de mantener su tradición de privilegio reconocido —en forma implícita— por la acción pública a través de la sobreprotección de su voracidad a cambio de aceptar el control político por parte del Estado. Este *statu quo* se garantiza mientras es posible responsabilizar al gobierno de que allane el camino a través de la conciliación del movimiento sindical, del descontento popular, del fortalecimiento de una infraestructura económica y tecnológica de la protección arancelaria y de la reconsideración del *boom* burocrático ligado al desempleo creciente

de las clases que se han movilizado socialmente a través de la educación.

Y éste es el marco dentro del cual las autoridades educativas, los profesores y los estudiantes intentan defender sus derechos y, como veremos, también mantener sus privilegios.

Por su parte, los especialistas en el manejo de los símbolos culturales, los expertos en la proposición de valores y significados que orienten y expliquen a los mexicanos su acción social, las élites educativas formales e informales, conducen dentro de las escuelas, universidades y tecnológicos, dentro del Estado y cada vez más también dentro de las grandes empresas, su lucha cuestionante abierta y soterrada de este sistema de distribución del ingreso y del poder. Y mientras así lo hacen suelen negociar mejores y mayores posiciones económicas y políticas para quienes controlan y detentan los monopolios y oligopolios del poder y la riqueza propios de la cultura. Ya sea a través de la promoción de valores científicos o abiertamente tecnocráticos dentro de los centros de decisión política y económica, o bien por la réplica a las presiones gubernativas y empresariales desde los centros de investigación, docencia y difusión de la cultura, enderezan su crítica más a la necesaria redistribución de la participación política y económica que a la apertura real de canales para la incorporación de crecientes grupos sociales en los beneficios reales y supuestos de la educación, la ciencia y la cultura.

Si bien en la dialéctica expuesta hasta ahora prevalece el señalamiento de los procesos a través de los cuales las élites políticas, económicas y culturales defienden sus posiciones, es importante subrayar que mientras así lo hacen promueven sin duda también el desarrollo político, económico y cultural del país. Y es que como establece Gunnar Myrdal en su estudio acerca de *la objetividad en las ciencias sociales* los hombres promueven individualmente, y en grupo, valores superiores de beneficio colectivo mientras se esfuerzan por realizar sus valores y objetivos egoístas. La búsqueda de diferencia y de relevancia, ligada al anhelo del poder, y si también es posible de la riqueza, representa un conjunto de motivaciones dentro del cual se imbrican en forma compleja los esfuerzos que los individuos realizan por la superación social. Esta multiplicidad de significados de una misma acción se nos presenta con claridad en la preocupación de las élites culturales por enfrentar los problemas políticos y económicos que afectan el desarrollo social mexicano,

mientras que esta misma actitud crítica se dirige con dificultad y a través de fórmulas más indirectas al campo en el cual precisamente esas élites ejercen su liderazgo: la educación, la ciencia y la cultura. La reconvencción, el reclamo y cada vez más la amenaza que han movilizado a las élites económicas en una actitud defensiva, reside en la exigencia social contemporánea de organizar la producción de tal manera que sea posible redistribuir realmente y de hecho el ingreso. La presión sentida por las élites políticas, a través de los recientes y críticos procesos de "atonía" de la legitimidad, reside sobre todo en una convicción de los grupos sociales —incluyendo en este caso a las élites económicas y culturales— de que es ya necesario y urgente redistribuir el poder. Las élites culturales, dominantes en el campo de la simbología nacional, son quizá las que más han logrado que se soslaye en las opiniones públicas el correlativo problema de fondo, la redistribución de la cultura. Es decir que en los tres casos señalados lo que está en cuestión es precisamente el elitismo dominante en la economía, la política y la cultura. Posición y actitud *elitaria* que por el propio concepto seleccionado y aprobado por "las élites" define la identidad de esos tres tipos de liderazgo dentro de las clases dominantes y de las clases medias ascendentes.

Y el riesgo que enfrenta y que evade cada uno de los tres grupos elitistas, al cuestionar los privilegios de los otros dos tratando de conservar con la mayor impunidad posible los propios, es el mismo: perder la capacidad de dirigir un cambio inevitable —es decir ya extendido y observable en el deseo, en el anhelo creciente de grupos sociales medios y populares abrumadoramente mayoritarios—; o en otras palabras, el riesgo que corren es perder su liderazgo. Y esta disyuntiva entre renunciar a la encumbrada posición en el vértice de poder de la triple pirámide económica, política y cultural o bien mantenerse un poco más de tiempo en él, con la conciencia de que ello será a cambio de una expulsión, sin matices, con márgenes ya mínimos y deteriorados de negociación, atraviesa la estructura social y genera una atmósfera de recelosa, de insegura supremacía, de incrédula e inconforme actitud subordinada.

En el terreno educativo, al que más directamente introduce este ensayo, esa misma disyuntiva se presenta entre, por una parte el diseño rápido, meditado, urgente, planificado, inmediato y duradero de una política eficaz de educación de masas y, por otro lado, el

camino sinuoso, sutil y comprobadamente sin destino histórico de una defensa y una búsqueda ilusorias de perpetuación de los privilegios que han definido a las élites culturales.

Todo régimen de privilegio tiene como norma básica la cláusula de exclusión. Las condiciones socioeconómicas de desigualdad son en sí mismas un factor excluyente definitivo de la educación, basado en la necesidad —de trabajo infantil, de mantener la autoridad paterna a través de perpetuar la ignorancia, etcétera— y en la escasez la subalimentación asegura y define un bajo rendimiento intelectual. Ya establecidos los límites casi insuperables de origen, es decir de clase, dentro de los cuales será factible una cierta asimilación de la cultura, la existencia o inexistencia de centros escolares, la distribución geográfica y social de los maestros de acuerdo con su nivel de preparación, las plazas disponibles para maestros y alumnos, los exámenes de admisión, son las compuertas más evidentes que detienen el libre y espontáneo flujo de los niños y los jóvenes hacia la educación. Pero existen otras barreras tan eficaces como ellas y mucho más sutiles.

En primer término el contenido de la educación, es decir aquello que se enseña y que se aprende. Ya no era posible mantener vigentes los mensajes simples, unilaterales, idealizados, con frecuencia mágicos, de los libros de texto gratuitos hasta hace poco vigentes. El nivel cultural alcanzado por las clases medias urbanas a través de la familia y de una educación más sofisticada sugería el riesgo de un *boomerang*, por el cual textos dirigidos a fortalecer la credibilidad pública en el Estado conducían a una sarcástica ilegitimidad. Los nuevos libros de texto confrontaron un dilema: dirigirse a esos grupos medios urbanos con el riesgo, casi la certeza, de perder toda pertinencia frente a los públicos escolares populares, mayoritarios, o bien publicar dos tipos distintos de textos —uno para medios rurales y otro para ambientes urbanos, lo cual hacía explícito el reconocimiento de una tajante escisión en la sociedad mexicana que afectaba interiormente la tradicional simbología de la unidad nacional. Las autoridades educativas se inclinaron, es evidente ya, por la primera opción. Con ello se refuerzan dos tendencias al menos: En primer lugar mantener como prototipos sociales, como modelos políticos, económicos y culturales, a las clases medias ascendentes para el conjunto del país —con lo cual se mantiene también la liga entre legitimidad política e indetenible crecimiento económico, nexos que se ha mostrado en fechas recientes como un

arma de dos o más filos. Una segunda tendencia que se refuerza es precisamente la cláusula de exclusión cultural. Los avances educativos se ponen al alcance de una minoría social, mientras los demás —profesores y alumnos— tendrán que escoger entre lentos esfuerzos criptográficos de cada línea del texto, o bien seguir —con el agravante de ponerse con ello fuera de las reglas— con los textos antiguos mágicos y comprensibles, malos y conocidos. Este fenómeno, por otra parte, no se circunscribe ni a México, ni a su educación elemental. En él se inscriben y cobran sentido todas las discusiones que escinden la ciencia pura y aplicada, el trabajo intelectual y científico de alto nivel y las posibilidades de usar un lenguaje accesible a públicos amplios. En todos los gremios e instituciones científicas y académicas se lucha por mantener el privilegio de las reglas, las lógicas, las fórmulas y los símbolos esotéricos, es decir sectarios: Ello dificulta la unificación del conocimiento y también su difusión; y es que una cosa va unida a la otra: La experiencia diaria unifica los campos que las ciencias separan y de lo que se trata es de alejar, de escindir a la ciencia de la experiencia. Si el conocimiento científico se adaptara a la dinámica interrelacionada, unitaria, de esta cotidianeidad, las élites culturales correrían el grave peligro de que el hombre común podría reconocerse en la ciencia: y éste sería el temido inicio de una divulgación incontrolable de la cultura.

En segundo lugar mencionaremos el proceso que justifica tan largas y reiteradas referencias a fenómenos que parecen no venir al caso: a las élites políticas y económicas del país. Nos referimos al muy conocido pero poco analizado —y todavía menos controlado— fenómeno de la intervención de grupos políticos y económicos dentro de los centros de enseñanza media y superior del país. La manipulación de estudiantes, la negociación con algunos profesores y autoridades educativas, por parte de subgrupos de las élites del poder político y económico, han conducido a la generación de conflictos —y al intento tantas veces fallido de control de los contendientes— que paralizan o al menos dificultan el trabajo educacional de formar técnicos y profesionales. Y es precisamente esto lo que se intenta lograr. Mientras se mantienen abiertas las compuertas educativas crecen las demandas económicas y políticas, son más los que quieren lo mismo y presionan para la autorrestricción del privilegio con vistas a la redistribución. Y es que las élites culturales, económicas y políticas mantienen en un nivel de crítica sólo verbal

y manifiesta su exigencia de reorganización en las otras estructuras elitistas, porque saben que un cambio importante en cualquiera de ellas afecta en forma irreversible a todas. Un mayor acceso a la educación promueve presiones crecientes de acceso al poder y a la riqueza. Mayor ingreso plantea demandas de cultura y de participación abierta en las decisiones públicas. La participación política ha sido por su parte un canal privilegiado de acceso a la información y a la empresa pública y privada. Por esta interrelación y por desviar la atención pública respecto a sus intereses y privilegios es que cada élite solicita sin presionar, demanda sin exigir, que las otras redistribuyan los bienes acumulados que han sentido hasta ahora como propios. ¿Por dónde comenzar, por la economía, por la política, por la cultura?, es una mala pregunta, en tanto que se trata de un mismo proceso dialéctico cuya dirección es señalada desde abajo y mediatizada con mayor o menor fortuna desde arriba.

Me parece, sin embargo, que alguien da siempre el primer paso, por más pequeño que sea y por inmediata que sea su repercusión en los pasos de los demás. Y me parece también que en tanto que las élites culturales suelen ensayar cambios que después encuentran una vasta aplicación social y en tanto prefiguran tendencias democráticas que algún día podrán ser dominantes en la política y en la economía, son las élites culturales las que tienen que buscar primero formas viables de dejar de serlo, de renunciar a su elitismo, para —poder por una parte— propiciar un bienestar colectivo —y por la otra— mantener su autoridad, su liderazgo. He de confesar que estas inquietudes se me han reforzado a partir del señalamiento de un respetado maestro que ha sido ya prototipo de varias generaciones en mi área, en el sentido de que nos hemos preparado afanosamente para participar en un mundo que casi ya ha desaparecido: es el mundo en que la pasión intelectual, el razonar a través de inagotables y subsecuentes porqués, es el fundamento de la autoridad; un mundo atento a los matices, al pensar en función de contrarios, de luces y sombras; es el mundo del que todavía están orgullosas las élites culturales y para conservarlo tienen no sólo que renunciar activamente a su aristocratizante y exclusivo régimen de privilegios, sino que además tienen que prefigurar y dirigir el cambio. De lo contrario el cambio de cualquier manera habrá de producirse y lo conducirán los excluidos, no sólo del poder y la riqueza, sino también de la cultura. Exclusión que va unida al resentimiento; resentimiento que

históricamente ha estado en el origen eficiente de la aniquilación de toda atmósfera cultural respirable, en la supresión de libertades de discusión de las que hoy todavía estamos haciendo uso.

El dilema entre igualdad y libertad, entre redistribución del ingreso y distribución del poder y la cultura es la falsa disyuntiva en la que han perdido credibilidad los sistemas de organización social conocidos hasta la fecha. Pero constituye también la experiencia básica, la llamada de atención para superar el dilema. Es la pregunta que se hacen hoy los socialistas europeos, los radicales norteamericanos; es la cuestión que propone Herbert Marcuse como la necesidad de definir los cambios culturales, psicológicos y sociales que prefiguren un cambio político-económico que no cancele las libertades individuales, sino que las amplíe; es la desgarrada coyuntura del socialismo en la libertad que proponen los chilenos de avanzada y es finalmente hasta ahora la preocupación tan sólo teórica de las élites mexicanas. Si no pasan de este nivel a la ocupación práctica de una racional desorganización de su elitismo, el idealizado y sobreprotegido umbral de separación entre élite y pueblo será cruzado a tropel, ya lo está siendo. El panorama reciente, pasado y futuro no es, por necesidad, optimista. La reciente crisis burocrático-reaccionaria de la UNAM y lo que es peor, su éxito, no deja la menor duda acerca de la casi nula disposición de un grupo altamente representativo de las élites culturales mexicanas frente a los ensayos de abrir la educación a la colectividad dentro de los límites de la cultura y tendiente a encontrar un equilibrio superior —con el tiempo que estos ensayos lleven— entre cantidad y calidad educativa. Las élites culturales no comprendieron el planteamiento, o bien se fue demasiado críptico y esotérico también al explicárselo. Y no lo lamentamos tanto por el daño real que ha sufrido su autoridad y su elitismo, sino por el daño que cada día detiene el avance y la difusión de la cultura. Las voces de intolerancia y de sospecha generalizada anuncian ya la polarización irreductible que imposibilita el razonamiento y anula la discusión. Y poco ayuda la disyuntiva cerrada entre el purismo científico y la “popucultura”. Ambas posiciones implican una renuncia en los mismos términos y a las mismas experiencias de recuperación y cambio. El puricentismo constituye hoy la más abierta provocación al resentimiento por la ignorancia. La popucultura es el intento espurio y renunciante por asumir el liderazgo de la redistribución educativa; espurio porque no es una actitud informada

culturalmente y porque renuncia por adelantado a incorporar a las clases populares y medias ascendentes a la cultura: Asume la ignorancia y se hace eco de ella. El reto es más difícil que la posición implicada por puristas añorantes y populistas resentidos. Implica el doble esfuerzo de *poseer* una cultura que *difundir* y de hacer de esta redistribución parte del quehacer cien-

tífico e intelectual. Sólo si el hombre de cultura —siempre en proceso de llegar a serlo— hace explícitas e inteligibles las reglas del compromiso cultural para quienes hoy se esfuerzan por expropiarlas —matando así “la gallina de los huevos de oro”— mantendrán vigente y socialmente significativo el uso inteligente y racional de la cultura.